

TEXTO PRE-PRINT



IV CONGRESO NACIONAL DE METODOLOGÍA DE
LA INVESTIGACIÓN EN COMUNICACIÓN

SIMPOSIO PROYECTO MAPCOM: RESULTADOS FINALES

23 Y 24 DE NOVIEMBRE DE 2017

EN LA UNIVERSITAT JAUME I DE CASTELLÓN



Francisco Roco Godoy (Universidad de La Serena, Chile) - Del mapa al territorio. Notas sobre la "contaminación" teórica en la investigación en comunicación.

Del mapa al territorio. Notas sobre la "contaminación" teórica en la investigación en comunicación.

Francisco Roco Godoy¹

Resumen

Desde las últimas décadas del siglo XX se ha venido "desmitificando", cada vez con más énfasis, las otrora arraigadas convicciones de objetividad y neutralidad del investigador en lo investigado. El argumento recurrente para su justificación fue la constitución de métodos garantizadores de certidumbres, más allá de las apreciaciones del observador. En el afán de asepsia, teorías y métodos científicos adquirieron hegemonía insospechada que, muchas veces, terminaron por hacer desaparecer, en medio de una maraña conceptual, el objeto de estudio. Con el fin de evitar el sesgo reductor del mundo a su explicación -del territorio al mapa-, puede optarse por la vía contraria: la abstención de todo juicio a priori en procura de recuperar el mundo en su mostración originaria.

¿Es ello posible? En rigor, no es fácil desvincular la naturaleza interdependiente y básica de todo acto cognitivo: sujeto y objeto. Más aún, si se tiene en cuenta la densa red simbólica y conceptual que es la circunstancia del humano contemporáneo, cuya cara visible son los medios de comunicación y las redes sociales. En este trabajo se reflexiona en torno a algunas teorías científicas, de índole social, con el fin de establecer su injerencia en la investigación, a la vez que se analizan situaciones concretas en busca de algún derrotero (si lo hay) que evite las explicaciones espurias o flagrantemente ideológicas.

Palabras claves: Teoría, método, comunicación, fenomenología, epistemología.

Retorno a lo cotidiano

Hacia fines de la convulsionada década de 1960, el otrora famoso teórico de las comunicaciones, Marshall McLuhan, se afanaba en la constitución de algún método o

¹ Dr. en Filosofía. Académico de la Universidad de La Serena (Chile) en las asignaturas de Filosofía Contemporánea y Teoría de la Comunicación. e-mail: froco@userena.cl

cuasi método de investigación que le permitiera dar cuenta de la manera más prístina posible de los acontecimientos que transmitían los medios de comunicación. Crea uno que nomina “observación menos ideas” al que llama, más tarde, “sondas” o “sondeos” (*probe*), en sintonía con el lenguaje cibernético, en pleno auge por aquel tiempo. Los “sondeos” son intuiciones que visibilizan de manera categórica cualquier manifestación cultural. Constituyen percepciones espontáneas a la manera de “lluvia de ideas” que son anotadas en extensos listados. En esos registros se encuentran, por ejemplo: “los nuevos medios no son nexos entre el hombre y la naturaleza: son la naturaleza”; “el dinero es la tarjeta de crédito del pobre” o “los artistas serios son las antenas de la especie”. Los sondeos son captaciones de fenómenos que procuran describirse en su más puro acontecer.

En décadas anteriores, otro intelectual perteneciente también al mundo cultural anglosajón, derrochó ingentes esfuerzos con el mismo fin. Viaja en tres ocasiones a Nueva Guinea -1927, 1929 y 1932- para estudiar, en su condición de antropólogo, las tribus aborígenes, entre otras, a baining e iatmul. Con el material recabado publica su primer libro, *Naven* (1935). Al examinar el texto, que fue recibido con bastante frialdad por sus pares, y analizar retrospectivamente la investigación que lo origina, se acentúa la sensación que lo embarga desde hace mucho: quedar fuera del mundo que investiga. No entrar en él. Observarlo siempre desde fuera como si fuera un intruso. Se trata, por cierto, de Gregory Bateson, el gestor de la famosa Escuela de Palo Alto.

La causa de la conmoción que afecta a Bateson no es antojadiza, enraíza en el corazón de la ciencia y en la mente de un sinfín de investigadores, sobre todo porque no se puede soslayar. Hay en él la dolorosa conciencia de una gran insuficiencia metodológica. El suceso no es nuevo en la historia. Abrumó en el pasado a Husserl, Comte, Descartes y muchos otros. El primero de ellos agotó su vida intelectual en la constitución de un método que le permitiera dar cuenta del mundo. Creó con esmero la fenomenología, pero nunca logró superar la sensación de carencia e imperfección que advertía en el procedimiento instaurado y, más aún, el sentimiento de crisis que, según él, afecta la ciencia contemporánea. Husserl corrige el error de Descartes que hubo de recurrir a Dios para salir del embotamiento en que se encuentra la conciencia intelectual -el *ego cogito*-, y poder transitar al mundo; pero él mismo no logra despejar la *epojé* (paréntesis) en que lo ha sumido el idealismo. Al cumplir los 70 años confiesa, con cierta desesperanza, que “si le hubiese sido concedida la edad de Matusalén, se habría atrevido a entrever la *posibilidad* de llegar a ser un filósofo”². Mientras no resuelva la dificultad metodológica y epistemológica no es posible pensar en acceder a la verdad y menos construir un sistema. Tan magna tarea requiere más de una vida.

² Citado por André Dartigues en *La fenomenología*. Herder, Barcelona, 1981. p. 15. La cursiva es nuestra.

El problema epistemológico es de relativa fácil comprensión. Demanda averiguar, primeramente, si el ser humano posee los mecanismos que le permitan aprehender el mundo, en su mismidad. Parménides de Elea, el filósofo griego del siglo VI a. C., sostuvo en su famoso *Poema* algunas ideas que constituirán las bases de la ciencia y filosofía occidentales. Para él, es lo mismo ser y pensar. Todo pensamiento lo es respecto del ser; a la vez que el ser se revela al pensar. Pensar una cosa equivale a pensarla existente, donde la pensabilidad prueba su existencia. Entre ambos hay perfecta adecuación, tanto *ontológica* (en su estatuto de ser) como *gnoseológica* (que se puede conocer). La adecuación puede ser del intelecto a la cosa –*realismo*– o de la cosa a la idea –*idealismo*–. Desde la perspectiva eleática el ser humano puede dar cuenta, en términos objetivos, de los fenómenos que acontecen en el mundo. Más aún, puede suscribir la *verdad*, entendida como la propiedad universal y absoluta, radicada en los entes y que trasunta, fundamentalmente, en la esencia. La vía de acceso, obviamente, es la razón. Si no se logra el resultado esperado no es por imposibilidad de esta, menos del ser, sino por mal uso o inadecuación del procedimiento escogido. Movidos por el prurito de verdad, investigadores, filósofos e intelectuales de todos los tiempos se esmeran en la constitución *del* método infalible, donde el error no quepa ni siquiera como posibilidad.

La situación en la que se habría encontrado Galileo al revisar las explicaciones astronómicas medievales es claramente ilustrativa de este afán. Las aclaraciones son tan complejas, contradictorias y hasta ininteligibles que resulta difícil pensar que la Divina Sabiduría hubiera podido crear un mundo así de enmarañado, sobre todo al contrastarlo con la evidencia empírica que revela que la naturaleza nada hace en vano y todo lo ejecuta procurando los medios más fáciles. Al menos, así lo piensa Galileo. Al examinar retrospectivamente el fenómeno, se puede entender teniendo en cuenta que el paradigma medieval al encontrar anomalías imposibles de dilucidar comienza a ajustar sus supuestos a fin de explicarlas. Como aumentan de manera exponencial generan a la postre un modelo investigativo sin pie ni cabeza. Esto provoca un período de crisis que cuando acontece la ciencia suele perder de vista su objeto y pasa a transformarse en explicación de sí misma. El medio se convierte en fin y el saber comienza a marchar al filo de la ideología. Es posible observar este fenómeno en distintos momentos de la historia, si es que no es una constante.

Tan decisiva es la presencia del método que, como señala Thomas Kuhn, “lo que ve un hombre depende tanto de lo que mira como de lo que su experiencia visual y conceptual previa lo ha preparado a ver”³. La percepción no es neutra respecto de lo percibido, estatus que no consigue supera ni siquiera asepsia epistemológica. Es un prisma que tiñe todo aquello que se mira a su través.

³ *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985. p. 179

Camino a la certeza ¿ida o vuelta?

A propósito de la vuelta sobre sí, de la obsesión epistemológica y el desmedido afán de precisión que invade a algunas comunidades científicas, Jorge Luis Borges escribió una ficción titulada “Del rigor en la ciencia”. Dice así:

“En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal perfección que el Mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el Mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el Tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y los Inviernos. En los Desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas. Suárez Miranda: Viajes de varones prudentes, libro cuarto, cap. XLV, Lérida, 1658.

En tono satírico e hiperbólico, Borges se burla del afán de rigor con que se auto instituye la ciencia hasta tornarse, a veces, en *cientificismo*: la insensatez de suponer que la científica es la única explicación válida para todo cuanto hay. Más aún, llegar a suplantar lo que estudia: el mundo, la vida. Recuérdense, por ejemplo, aquellos métodos de la ciencia literaria, tan en boga hace treinta o cuarenta años, que concebían la obra como estructura y que para ser estudiada requería la construcción de otra paralela. El resultado no pudo ser más desastroso. La mayoría de esos estudios terminaron olvidando su objeto, entrampándose en sí mismos, constituyéndose en pseudociencia. Lo más peligroso: ahuyentaron a los jóvenes lectores al reducir el arte literario a ciencia como los cartógrafos la ciudad al mapa, olvidando que el territorio es más que su representación, la vida más que ciencia y que no hay saber alguno que pueda detener su devenir. Tal confusión es grave error de perspectiva.

Ciertamente, la ciencia es un modo de *des-ocultar –alétheia*, según Parménides-, que se esfuerza por traer a presencia un ámbito de realidad, desde lo sustantivo que es lo oculto. El mapa visibiliza *aspectos* del territorio. Universalizar el fragmento y generalizar la visión del mundo desde la base de un método particular, muestra falta de honestidad intelectual. El afán de certeza no ha de manifestarse solo como fin, también en el rigor del procedimiento.

Pues bien, no es descabellado el propósito de McLuhan al pretender recuperar el territorio desde la ciencia. La dificultad consiste en averiguar si ello es posible y cómo se podría lograr. Siguiendo la lógica de su propio pensamiento, paradójicamente no parece factible, al menos en los términos que lo plantea. Recuérdese el “sondeo” que afirma: “los nuevos medios no son nexos entre el hombre y la naturaleza: son la naturaleza”. De acuerdo a lo que aquí se expresa, el ser humano no se vincula directamente con la naturaleza, sino a través de los medios de comunicación. Más aún: el entorno humano no es natural, es cultural. Entonces qué mediatizan los medios. En rigor ¿qué son?

Lo primero que se puede decir es que son lenguaje, reconstrucciones conceptuales o simbólicas de algo que acontece. ¿Puede esa red dar cuenta de ello? Todo apunta a que no. La convención aceptada hoy es que el signo lingüístico es arbitrario, no hay relación necesaria ni natural respecto de aquello que designa. Es básicamente *tropos* que más bien *construye* que representa algo allí “fuera”. Aquello que acontece es *en y por* el lenguaje. “El lenguaje es un mapa social de este pantano” -afirma McLuhan- (...) “La pluma de ganso acabó con la conversación. Disipó el misterio; dio arquitectura y ciudades, trajo caminos y ejércitos, la burocracia. Fue la metáfora básica con que empezó el ciclo de la civilización, el pasaje de la oscuridad a la luz en la mente”⁴. El lenguaje es la convención que aspira a ordenar lo móvil y dúctil sobre la base cenagosa en que se asienta. Si alguna vez hubo pantano, aparentemente se secó o se recubrió con gruesa capa de cemento con la instauración del lenguaje y sobre todo con la escritura. Por lo tanto, el ser humano no puede traspasar la maraña conceptual y lingüística que lo cobija y apresa.

Además, el medio de comunicación no conecta con evento alguno más allá del lenguaje mismo. Es interpretación de otra interpretación, la que a su vez es otra de otra y así sucesivamente, en regresión casi infinita. Teorizar respecto de las comunicaciones (y de cualquier acontecimiento) es reflexionar acerca de *interpretaciones*, nunca de *hechos*. Se refutará diciendo que estos hablan por sí mismos y son indesmentibles, al modo de lo expresado por un hipotético titular de diario: “exceso de velocidad fue la causa de grave accidente automovilístico, con consecuencias fatales”. Se dirá que el “exceso de velocidad” no es invención lingüística, menos la muerte que produce. Ciertamente es así. Sin embargo, la velocidad es excesiva desde cierta posición en que se encuentra el observador. Doscientos kilómetros por hora son exceso para un automovilista común que conduce en ciudad, pero no lo es para el piloto de Fórmula 1 que compite en la pista de Montecarlo. En el circuito los mismos doscientos, son lentitud. Para evitar el caos comunicacional, las leyes del tránsito objetivan las condiciones de conducción. Solo así es posible que la prisa de unos conviva “civilizadamente” con la parsimonia de otros.

Asimismo, si un conductor adelanta a cien kilómetros a quien va a cuarenta, dirá que “va muy lento”. A su vez, él irá “lento” si es sobrepasado a ciento cuarenta. Ninguna velocidad es mucha o poca. Ningún evento es en sí, es en quien lo percibe. El observador jamás puede anularse de lo observado, como el investigador en lo investigado. Si murieron cuatro personas las “consecuencias fatales” son realidad. Pero lo son para alguien. Es el observador quien relaciona velocidad (causa), accidente (efecto) y fallecidos (fatalidad). Allí “afuera” hay una protorrealidad o cuasirrealidad de la que solo se puede dar cuenta en tanto cae bajo el dominio del lenguaje. “Auto”, “conductor”, “velocidad”, “tragedia” son distinciones conceptuales que tornan al caos

⁴ *El medio es el masaje*. Paidós, Barcelona, 1987. s/n.

en mundo. Por su intermedio se pasa “de la oscuridad a la luz en la mente”, según el “sondeo” de McLuhan. Por eso, desde hace mucho (quizá desde siempre), la naturaleza no es el entorno humano. Es la cultura la morada que *ha creado* para guarecerse.

Ocaso de la objetividad y verdad

¿Dónde se ha venido a parar con todo esto? Es imposible recuperar el territorio, si se lo entiende como realidad autónoma e independiente del sujeto. Esta lo es para alguien y desde esa posición devienen todas las interpretaciones posibles: grande o pequeño, propio o ajeno, rico o pobre, cercano o lejano, etc. Observar los fenómenos desde esta perspectiva teórica no implica abrir la puerta al relativismo, subjetivismo, anarquismo o cualquiera de las posiciones extremas y dogmáticas que, precisamente, se quieren superar. Si así fuera, se actualizaría una vez más la máxima: *extrema tangunt*.

Del territorio se puede dar cuenta perspectivamente y solo en cuanto es percibido (*alétheia*), de lo imperceptible no es posible pronunciarse con rigor científico ni en favor ni en contra (*léthe*). La mostración de lo que hay es un proceso que se despliega histórica y espacialmente. Es este sentido, se puede sostener que lo que informa la hipotética noticia señalada “es” *verdad*, pero nunca *toda* la verdad. Siempre es posible la incorporación de nuevas variables. El accidente referido se pudo producir por el intempestivo cruce de un animal, porque el conductor se quedó dormido a causa del consumo de alcohol o por cualquier otra razón. Cuando se lo atribuye al exceso de velocidad es en razón de la evidencia inmediata que así lo permite suponer. La invalidación posterior se produce a causa de la incorporación de un dato desconocido en su momento.

Esta reflexión se puede hacer extensiva a todo tipo de teorías y explicaciones. Si se aplica a la historia de la ciencia se la valora de manera distinta: no es el conjunto de errores cometidos, sino el cúmulo de indicaciones que se realizaron a partir de los antecedentes disponibles. La explicación de Franklin acerca de que el rayo es la chispa eléctrica que salta entre las nubes y la tierra cuando ellas se han cargado electrostáticamente y friccionan con el aire, no es más verdadera que aquella que lo explica como manifestación de la ira de Júpiter. Ambas explicaciones anidan en diferentes sistemas de creencias y posibilidades técnicas, en manos del observador. Se dirá que es un atentado contra la razón confundir ciencia y mito –*logos* y *mythos*–, y que por estos días hay abundante bibliografía que da cuenta de la superación de tal confusión.

No hay duda que el nivel de certeza de la ciencia es mucho mayor. En general se encuentra en condiciones de probar mediante diversas técnicas sus postulados. Aunque no hay que olvidar que el mito también es de naturaleza empírica. Si el mito

de Prometeo cuenta, por ejemplo, que le fue robada la llama del saber y del entendimiento a los dioses y que luego parte de ella fue insuflada en el hombre, la prueba visible de su verdad está allí a la vista: el ser humano piensa, a diferencia de los otros seres vivos.

Desde estos antecedentes, se puede concluir que la ciencia no es *objetiva*, ni puede dar cuenta de la *verdad*, en el sentido tradicional atribuido a ambos conceptos. Desde la actual posición epistemológica, hablar de fenómenos implica aceptar la existencia e intromisión del sujeto que emite tal juicio, aunque este se esfuerce por dar cuenta de la manera más neutra de lo observado. El valor de verdad de la explicación radica en la fuerza argumentativa de los planteamientos, en la demostración empírica y, sobre todo, en la presencia de testigos que la aceptan y avalen. El gran pecado o falta de honestidad científica consistiría en afirmar con absoluta seguridad que en cualquier otra condición lo observado se revelaría del mismo modo.

Sin pretender negar el valor de la ciencia, se puede aseverar que es el mito de hoy. Su potencia racional y empírica se apoya –igual que el mito- en la fe, en la *aceptación* que mediante ella se pueden explicar la mayoría de las interrogantes que emanan del mundo y la vida. Una vez asumida se la fundamenta racionalmente y se formulan los axiomas en que se sustenta. Sin esa creencia originaria jamás se aceptarían los resultados obtenidos. Posteriormente, se valida socialmente el procedimiento cuando es aceptado por la comunidad de pares científicos y la cultura de que forma parte. El *mundo* que, como se ha dicho, es el escenario donde acontece lo humano, es el sistema de convicciones que una comunidad acepta como verdaderas. Emerge cuando la ficción (científica o de otro tipo) se trasmuta en realidad.

La insatisfacción de Bateson, el sentimiento de fracaso de Husserl, la quimera de McLuhan jamás se superarán mientras el ser humano se conciba como Dios -o pequeño Dios o Dios de ocasión- y no acepte su humilde condición: le está vedada la facultad de percibir el mundo desde todos los tiempos y espacios a la vez. Solo es posible acceder a los destellos de ser que se revelan desde la posición intransferible en que le toca vivir.